

# CONSUMOS CULTURALES Y DIVERSIÓN DESPUÉS DEL COVID: DE LA BIOSEGURIDAD OFICIAL A LA BIOPOLÍTICA DEL CUERPO

CULTURAL CONSUMPTIONS AND AMUSEMENT AFTER COVID:  
FROM THE STATE BIOSECURITY TO THE BIOPOLITICS OF THE BODY

DOI: 10.25100/n.v0i30.11841

Paulina Gabriela Paz Jara<sup>1</sup>  
Universidad de las Fuerzas Armadas (ESPE),  
Sangolquí, Ecuador  
pazitavida@gmail.com  
ORCID: 0000-0002-5908-8866

**Recibido:** 22 de octubre de 2021

**Aprobado:** 14 de diciembre de 2021

ISSN en línea 2539-4355 / ISSN impreso 1900-9909

Este trabajo está bajo la licencia Creative Commons BY NC SA 4.0.

---

## ¿Cómo citar este artículo? / How to quote this article?

Paz, P. (2021). Consumos culturales y diversión después del COVID: de la bioseguridad oficial a la biopolítica del cuerpo. *Nexus*, (30), Artículo e30011841. <https://doi.org/10.25100/n.v0i30.11841>



**Resumen:** Ante la emergencia de una pandemia sin precedentes y en aras de intentar controlarla para preservar la vida y evitar que el virus Covid-19 se propague, casi todos los gobiernos del mundo adoptaron medidas de bioseguridad, entre ellas cuarentenas más o menos prolongadas, que a la vez implicaron nuevas formas de control y ejercicio de poder. Tales medidas generaron miedos sociales que fueron reproducidos y amplificados por los medios de comunicación y las redes. Estas nuevas formas de administrar la salud pública afectaron los imaginarios sobre “el otro” y modificaron las prácticas de interacción social de carácter presencial, lo que, a su vez, modificó la puesta en escena de la comunicación. Este breve estudio etnográfico explora las subjetividades de personas que salieron a disfrutar de la noche en lugares de entretenimiento de la capital de Ecuador, en medio de una situación de emergencia que parece no tener desenlace. La investigación permitió registrar una serie de narraciones que denotan la angustia y la incertidumbre que marcan la experiencia de quienes regresan a las discotecas y los bares quiteños.

**Palabras clave:** Biopolítica, Biopoder, Entretenimiento, Miedo.

**Abstract:** Facing an unprecedented pandemic and seeking the goal of controlling it to preserve human lives and avoid that the virus COVID 19 from spreading, almost every government worldwide adopted measures of biosecurity, such as quarantines, that lasted fewer or longer, as new ways of control and power. These measures triggered social fears based on information provided by media and social networks. The new ways of managing public health changed imaginaries about the “the other” and modified social face to face interaction which, accordingly, modified communication and how it is staged. This brief ethnographic study explores the subjectivities of people who went out to enjoy the night at Ecuador capital city, despite the emergency that seems to have no ending. The investigation allowed to register several narratives of anguish and uncertainty that shape the experiences of those who go back to bars and discos in Quito.

**Keywords:** Biopolitics, Biopower, Entertainment, Fear.



### **Origen del artículo**

El presente artículo surge como resultado de una etnografía sobre la corporeidad en actividades de ocio. A través del mismo, se abordan ciertas prácticas culturales generadas en la ciudad de la noche y, más específicamente, en los escenarios donde se baila salsa en la ciudad de Quito. Esta investigación tiene sus orígenes en 2012, pero el advenimiento de la pandemia y las inéditas condiciones impuestas para controlar la interacción social, exigen nuevas lecturas sobre contextos como bares, discotecas y otros sitios de diversión nocturna. En medio de la “nueva normalidad” surge una nueva etapa de la aproximación etnográfica que da origen a este artículo de reflexión.

El presente artículo surge como resultado de un trabajo etnográfico sobre las nuevas formas de socialización en tiempos de ocio —básicamente en espacios de “la ciudad de la noche”— en Quito, en el período de agosto a octubre de 2021. Las medidas de confinamiento adoptadas por el gobierno ecuatoriano, similares a las de la mayoría de países, implicaron el cierre de los lugares públicos de diversión para evitar el contagio de la Covid-19 por aglomeraciones masivas, lo que tuvo un impacto que permanece y que ha provocado la mutación de los consumos culturales de entretenimiento, de manera especial en establecimientos los bares y discotecas.

En este nuevo escenario, la presente investigación propone un acercamiento a las nuevas formas de juntarse en la ciudad de la noche y aborda las nuevas formas de concebir la interacción, así como los cambios suscitados en el lazo social, tomando como nicho las actividades de ocio que deben ajustarse a nuevos parámetros de prevención sanitaria. También se expone la percepción de los dueños y gerentes de los lugares de diversión, como promotores de estas nuevas prácticas bioseguras.

El objetivo es aproximarse a la comprensión de esas formas nuevas de sociabilidad en discotecas y bares, que abrieron por última vez el 13 de marzo de 2019 en Quito. No sería sino hasta un año y medio después que el gobierno ecuatoriano idearía un plan piloto para reactivar el sector productivo de los negocios nocturnos bajo ciertos parámetros exigentes y difíciles de monitorear.

En un primer momento, se abordará la lógica cultural del entretenimiento nocturno; para Omar Rincón “el entretenimiento es la estrategia narrativa preferida para producir seducción, conformidad, afectos y saberes” (2006, p. 43). Rincón sostiene que la lógica del entretenimiento adquiere mayor sentido en la medida que la sociedad se ha desencantado de la vida y se han reducido los espacios de goce, por lo que mucha gente vive luchando por “escapar de las miserias de la vida” (Rincón, 2006). Ya que la pandemia dio por terminados los espacios de ocio, las personas se vieron en la necesidad de encontrar nuevas formas de disfrute y entretenimiento, y priorizaron hacerlo en familia y dentro de casa. A la vez, las mediaciones de la tecnología, en este caso de la cibercultura, entraron en escena a operar y viabilizar las relaciones de trabajo y la educación; por su parte, el consumo cultural relativo al ocio se volcó a la televisión y millones se dedicaron a maratonear series en plataformas como Netflix.

La pandemia marcó profundos cambios en el contexto social y cultural, así como en los procesos de representación e interacción con los demás; hay un antes y un después en las formas de concebir al *otro* en todas las esferas. Las medidas de bioseguridad vienen siendo la base de la “biopolítica”. Es importante hacer un breve acercamiento a esta última noción; desde una perspectiva foucaultiana, la biopolítica trata del ejercicio de acción y poder sobre “procesos naturales como el nacimiento, la muerte, la enfermedad y todos aquellos que afectan la vida, pero que interesan al dispositivo en tanto conciernen a la población” (López, 2014, p. 121).

Foucault sostiene que “la biopolítica tiene que ver con la población y la población como problema político, como problema a la vez científico y político, como problema biológico y como problema de poder” (López, 2014, p. 121). La biopolítica regula el tratamiento de la vida como dispositivo al servicio del poder. Sobre esta misma base, la bioseguridad es entendida como un módulo que transforma la percepción de la vida en un régimen de control de riesgos sobre el cuerpo propio y el ajeno; un dispositivo de alerta biológica: es decir, se trata de una “protocolarización” de la vida, un concepto que se vale de guías y normas para establecer coordenadas muy concretas sobre cómo es la buena vida que debe vivirse y qué debe entenderse como vida valiosa (Baleriola, 2017).

En palabras de Žižek (2008), la biopolítica implica una “política del miedo”. El gobierno, ayudado por los medios de comunicación, logró *colonizar el miedo* al contagio del virus e inocular el distanciamiento del “otro”, quien pasa a ser sujeto de potencial amenaza. Las fronteras de la inter-subjetividad se acortan y casi se limitan al propio cuerpo.

Para Paúl Preciado (2020) “la mascarilla es la nueva frontera” en el contacto entre los cuerpos, y la sospecha y el temor al virus se encarnan en toda persona que se acerque demasiado al espacio propio. Este imaginario de “pánico viral” provoca que las personas vean una amenaza en los y las demás, y de esta manera emerge “el miedo como principio movilizador fundamental” (Žižek, 2008, p. 56). Žižek también asegura que para que la biopolítica funcione y sea efectiva se debe hacer una campaña comunicativa del miedo “la biopolítica siempre se basa en la manipulación de una multitud paranoide: es la atemorizada comunión de personas atemorizadas” (Žižek, 2008, p. 56).

Esto es precisamente lo que se detectó, como factor común, en los testimonios de las personas entrevistadas en el trabajo de campo. Los y las participantes habían ya interiorizado como “normales” y “aceptables” las medidas de bioseguridad; es decir, el discurso oficial para aplicar medidas de control poblacional desde la transmisión del miedo, que fue replicado por los medios masivos, tuvo éxito; así las normas de bioseguridad se aceptaron como normales. Sin embargo, todas esas medidas fueron orientadas hacia la preservación de la salud y la vida e implementadas como políticas públicas a nivel mundial. El miedo, cabe decir, reside en las formas de concebir al otro, pero el diseño de las medidas es completamente legítimo.

De esa paradoja surge el conflicto que estudia este artículo: el imaginario de diversión permeado por las medidas de bioseguridad aplicadas a rajatabla en estos escenarios que siempre estuvieron concebidos como por fuera del alcance del poder conminatorio o de la medida salubrista.



## La práctica del desencanto

Para este trabajo se recurrió a trabajo etnográfico y netnográfico<sup>2</sup>. Las personas entrevistadas pertenecen a una comunidad de baile —de salsa, específicamente—. Ellas y ellos manifestaron sus percepciones sobre las nuevas formas de juntarse.

La etnografía que se llevó a cabo consta de dos partes, la primera realizada en la presencialidad. Para ello se escogieron tres escenarios de baile —tres bares de salsa—, para analizar cómo interactúan y se relacionan las personas a partir de las medidas de control, y se definió un grupo de personas que acuden con cierta regularidad a dichos espacios de baile.

A lo anterior se agrega la aplicación de una netnografía, método que consiste en indagar contenidos de las plataformas digitales, lo que permitió recoger la diversidad de las experiencias subjetivas surgidas de las voces de los *habitués* de estos lugares de diversión, que confluyen en una comunidad que tiene sus propios códigos de acción comunicativa. Esta netnografía se realizó a través de videollamadas, mensajería, videoconferencias, revisión de estados. La exploración digital permitió establecer cómo la pandemia reconfiguró las prácticas comunicacionales, físicas (evidentemente) o simbólicas. A partir de dicho método se logra definir qué códigos de conducta se modificaron y qué otros se mantuvieron.

Los testimonios sobre las percepciones de quienes acuden a divertirse son reveladores y apuntan en direcciones parecidas. Valeria Carrera, cliente y bailadora de uno de los establecimientos, afirma: “dentro de la discoteca hay alcohol en todas las mesas, toman todas las precauciones y medidas de seguridad, toman la temperatura, siempre hay alguien vigilando que la gente no se aglomere y siempre hay que bailar con mascarilla” (comunicación personal, 13 de septiembre, 2021). El testimonio de Valeria es una muestra de cómo las medidas de bioseguridad colonizaron los espacios, como verdades acabadas.

Sobre lo anterior, Rigoberto Hernández observa que “la norma es una producción social con una intención que después se disfraza de normal y los sujetos la reproducen como si no pudiese ser de otra manera” (2013). El cambio fundamental que se da en estas nuevas formas del ocio resulta del miedo a la propagación de un virus, mismo que justifica los protocolos: al momento para ingresar a los bares o establecimientos nocturnos se debe contar con carné de vacunación que certifique el esquema completo; se debe portar en todo momento un tipo específico de mascarilla (KN-95), llenar el formulario de salud (éste hace hincapié en las interacciones sociales de las últimas dos semanas y en los viajes fuera de la ciudad), hacer reservaciones previas para no colapsar los lugares que tienen licencia con aforos limitados, realizar

pagos anticipados y además, irse a la nueva hora de cierre: 12 de la noche. En el pasado, la rumba estaba garantizada cuando los lugares estaban sobresaturados, hoy se vira el signo, la rumba está normada por el distanciamiento social y máximo el 30% de la capacidad de los lugares. Si llega a presentarse aglomeración ya no es motivo de atracción y enganche para la clientela, ahora se percibe como una “fiesta COVID”.

De otro lado, si alguien escapa a las nuevas normas y decide saltarse los protocolos de bioseguridad en los bares o discotecas y, más allá, visibilizar esa conducta en el espacio virtual, pasa a ser estigmatizado.

Johana Jara, cliente y bailadora, reconoce:

Publiqué en mis redes sociales un video bailando y mi pareja de baile y yo estábamos sin mascarilla, fue tan intenso nuestro momento que jamás nos acordamos de la mascarilla, nos desconectamos por esos minutos del estrés de ver a los demás como posibles portadores del virus, en realidad nos olvidamos del virus, solo nos importaba bailar. Pero las reacciones de la gente que miró mi video fueron de escándalo al vernos en un bar bailando sin la mascarilla puesta y manifestaron su horror. Pocas personas dijeron que era lindo vernos bailar, la mayoría dijeron que si no nos habían clausurado el bar (comunicación personal, 15 de septiembre de 2021).

Es decir, las personas se imaginan que romper estas nuevas normas adoptadas como verdaderas y únicas es motivo de sanción y les habita un miedo constante. El imaginario de la fiesta y de la experiencia del goce también se modificó. Como se ha mencionado antes, la pandemia trajo consigo el rechazo, la prohibición y las sanciones de la antes ansiada aglomeración. Los bailadores y las bailadoras evitan juntarse con más personas, su imaginario de seguridad tambalea y la sensación de riesgo personal va en aumento.

El tema del aforo reducido en lugares de encuentro colectivo se volvió un requisito fundamental a la hora de poder adquirir los permisos para reabrir los bares y discotecas, puesto que en caso de que no se cumpliera con el aforo permitido (30%), los propietarios de los establecimientos se arriesgaban a las sanciones y multas. Juan Carlos, propietario de un bar en el centro norte de la ciudad, afirma:

Apenas empezó a bajar el índice de contagios que decían en los medios y las redes, yo decidí abrir mi bar- restaurante durante las noches porque estaba ahorcado con las deudas de tantos meses cerrado, pero una noche me cayó una inspección del municipio, me dijeron que tenía más personas del aforo permitido y me pusieron una multa de 2 mil dólares, junto con una sanción de 28 días cerrado mi negocio. Esas medidas son criminales para los pequeños empresarios, ya que si se abre el negocio, el miedo es que no venga la gente y pierdas, pero ahora el miedo es que llegue mucha gente y también pierdas. También es el miedo de que me caigan de nuevo

las inspecciones y que no pase dichas visitas, miedo de que me cierren de nuevo el local; ese mes que estuvo cerrado mi negocio no me perdonaron los servicios básicos, los tengo que pagar como sea y volver a pagar los permisos para poder abrir, pero con miedo (comunicación personal, 28 de septiembre de 2021).

Los testimonios de usuarios y propietarios de sitios de diversión nocturna evidencian que, en tiempos de pandemia, se reproduce lo que Zizek llama “violencia sistémica”, es decir, “violencia inherente al sistema”: violencia del Estado, materializada en las reglas y normas que son impuestas en la cotidianidad y que producen miedo. Muchos de los propietarios de estos lugares de entretenimiento sienten que las medidas de bioseguridad, y en especial el confinamiento, representan una amenaza, ya que al no saber si van a aprobar o no las inspecciones, se pone el poco capital restante en riesgo. Johan Casanova, administrador de una salsoteca al norte de Quito, afirma:

Vinieron del municipio a hacernos una inspección del uso del suelo, pero no pasamos el test del ruido, así que ahora debemos pagar a una empresa especializada y calificada por el municipio para que nos hagan el estudio del ruido y nos emitan el informe que necesitamos para poder cumplir. Son como 3 mil dólares que debemos pagar en permisos e impuestos y todavía nos da miedo no pasar las inspecciones porque las multas y las sanciones son muy elevadas. Casi, casi, se mantienen los valores de antes de la pandemia, pero la diferencia es que ya no tenemos esa economía, ahora tenemos una economía postpandemia que el Estado no ha considerado (comunicación personal, 28 de septiembre de 2021).

Estas formas de violencia sistémica se interiorizan en el imaginario de las personas; así van reconstruyendo sus núcleos y la sociedad se va (re)configurando a través de las nuevas formas de estar juntos que se regulan desde los miedos colectivos fomentados por los medios de comunicación y las redes sociales.

Jesús Martín Barbero sostenía que existe una “especial complicidad”, en la incidencia de los medios en la vida cotidiana, que mantiene a la sociedad sumida en miedos comunes

Miedos que provienen secretamente de la pérdida del sentido de pertenencia en unas ciudades en las que la racionalidad formal y comercial ha ido acabando con el paisaje en que se apoyaba la memoria colectiva, en las que, al *normalizar* las conductas, tanto como los edificios, se erosionan las identidades y esa erosión acaba robándonos el piso cultural, arrojándonos al vacío. Miedos, en fin, que provienen de un orden construido sobre la incertidumbre y la desconfianza que nos produce el otro —étnico, social, sexual— que se nos acerca en la calle y es compulsivamente percibido como amenaza (Martín Barbero, 2001, p. 134).



Los intentos gubernamentales por activar las economías de la ciudad nocturna, *la ciudad del entretenimiento*, ahora pasan por profundos cambios y adaptaciones. En ese intento, quizá algo de las antiguas prácticas muera o no permite la experiencia completa del goce; es decir, se percibe un desencanto de las experiencias de los protagonistas que hacen posibles estas interacciones.

Tanto en los dueños o clientes de los establecimientos, el desencanto es un patrón. Christian Guerrero, bailarín y cliente de una salsoteca, opina:

Yo fui a la primera que dieron permiso para ir a las discotecas, pero al ver todos los requisitos para entrar, me sentí desilusionado, es más fácil entrar al ejército, el formulario de salud que debes llenar te hace dudar de cualquier persona que se te haya acercado en los últimos 14 días. Los municipios dieron permiso solo hasta las de la noche, es decir, tengo que llenar un sinfín de requisitos para bailar dos horas y cuando llego al bar, no hay mucha gente y no tengo mucha gente con quién bailar, ahora todos somos sospechosos y eso mata la diversión, tengo un sentimiento cruzado, extraño la diversión de antes (comunicación personal, 3 de octubre, 2021).

Las medidas de seguridad impuestas para abrir los centros de diversión nocturnos provocaron desencanto de la experiencia lúdica y afectaron el imaginario de diversión que existía antes de la pandemia. Quienes regresan a las pistas de baile o discotecas chocan con la añoranza del pasado sin pandemia y experimentan frustración por la experiencia actual, en la que todos y todas están bajo sospecha, en constante escarnio de las entidades de control.

Los mismos propietarios de los establecimientos han tenido que acogerse a dichas medidas para poder reabrir sus negocios con el agregado del riesgo de que los clientes no regresen ante el nuevo régimen y el desencanto. Quienes viven del baile y la venta de licores también se encuentran en constante zozobra. Gabriel Álvarez, DJ de salsa, no puede dejar de quejarse: “yo vengo de Alemania y allá funcionan bajo otros filtros de seguridad, acá obligan a mantener la mascarilla y para los bailarines es imposible bailar más de dos temas con el tapabocas puesto, uno de los dos colapsa” (comunicación personal, 7 de octubre, 2021).

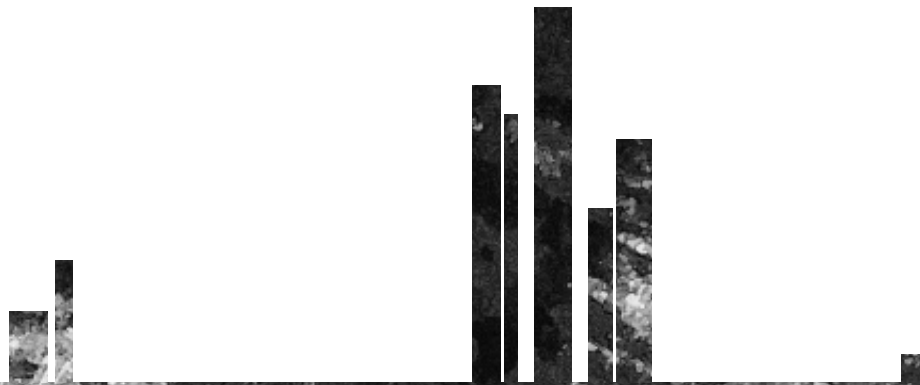
## Conclusiones

Esta incursión etnográfica a los espacios de diversión nocturna en Quito, en particular los escenarios de salsa, hacen repensar la ciudad como una prisión sin escapatoria tanto para los clientes que acuden a los centros de diversión, como para quienes dirigen estos lugares, cuyos imaginarios de diversión —y estabilidad económica— están signados ahora por imaginarios de miedo y sospecha.



¿Es posible el surgimiento de un segundo momento o escenario que vuelva a expulsar el miedo de las prácticas de diversión y del entretenimiento? La posibilidad más certera parece seguir siendo la de asumir el riesgo de la interacción directa y presencial como base de la trama social: “la propuesta para diluir los miedos es *apagar la tele, desenchufar los miedos, salir a la calle y convertir la ciudad en experiencia y relato*” (Rincón, 2006, p. 144).

Esta cita invita a reflexionar sobre cómo podrían emerger otras formas de vivir, habitar y experimentar la ciudad, aún en estos tiempos de mascarillas y fronteras, en contextos diversos como el latinoamericano. Quizá en la música y el baile se hagan difusos los imaginarios de terror de quienes y, así el ocio se pueda convertir en rumba. Podría ser que el retorno masivo a las grandes discotecas y salsotecas dé paso a una necesaria fragmentación y multiplicación de espacios más pequeños para bailar, que garanticen una *rumba biosegura*.





## Referencias

---

- Baleriola, E. (2017). *Seguridad y vigilancia: gestión de la vida en el Siglo XXI (Tesis doctoral)*. Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Martín Barbero, J. (2001). *Al sur de la modernidad, Comunicación, globalización y multiculturalidad*. Pittsburgh. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Hernández, R. (2013). *La positividad del poder: la normalización y la norma*. <http://teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/105>
- López, C. (2014). *La biopolítica según la óptica de Michel Foucault: alcances, potencialidades y limitaciones de una perspectiva de análisis*. [http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigguaba/20140702044644/09\\_lopez.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigguaba/20140702044644/09_lopez.pdf)
- Preciado, P. (27 de marzo de 2020). Aprendiendo del virus. *El País*. [https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952\\_026489.html](https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html)
- Rincón, O. (2006). *Narrativas mediáticas o cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento*. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- Turpo, O. (2008). La netnografía: un método de investigación en Internet. *EDUCAR*. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=342130831006>
- Zizek, S. (2008). *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Barcelona, España. Editorial Paidós.

## Notas

---

<sup>1</sup> Licenciada en Comunicación Social (Universidad Central del Ecuador); Máster en Estudios de la Cultura con mención en Comunicación (Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador).

<sup>2</sup> “Técnica de estudio para la indagación en la red de redes, deviene como deudora de la etnografía, que, a su vez, lo es, como método de investigación, de la Antropología” (Turpo, 2008).